

# NINGÚN LUGAR COMO CASA

*El programa Yankees-Stonewall Scholars es un paso audaz para hacer más inclusivos los deportes y la vida diaria | Por Jon Schwartz*

**M**ientras el corazón de la alineación de los Yankees se preparaba para batear en la parte alta de la novena entrada el 27 de junio de 1969, todavía era posible un milagro que cambiara el juego. El béisbol permite - de hecho, prácticamente fantasea - tal virazón en el último segundo.

Estados Unidos estaba a un mes de poner dos hombres en la luna. Los milagros impregnaban el aire, una sensación de posibilidad nunca antes imaginada. Pero estos fueron tiempos de resaca para la franquicia más exitosa en la historia del béisbol, una década por debajo de sus glorias entre dos épocas históricas. En esta noche en Cleveland, el abridor de los Indios, Sam McDowell, tenía el control de los Yankees, con ventaja de 5-1. Ponchó a Bobby Cox y a Joe Pepitone, dejando el asunto en manos de Bobby Murcer, quien bateó un sencillo. Pero nada cambió en esta noche, en esta ciudad. Frank Fernández se ponchó, y eso fue todo. A veces, la vida progresa en línea recta.

Pero a veces, se retuerce. Se voltea sobre su cabeza. En casa, en el Bronx, era una noche de viernes mayormente normal. Sin embargo, a pocos kilómetros del centro de la ciudad, cuando la medianoche se convirtió en sábado, el mundo estaba a punto de cambiar.

Hoy, mientras la ciudad de Nueva York y el mundo entero se preparan para celebrar el 50º aniversario de esa notable noche en el Stonewall Inn, el primer lanzamiento de una revolución global, es sin embargo innegable que el nuevo orden mundial ha sido más visible en algunos lugares que en otros. En Greenwich Village, durante las celebraciones anuales del Desfile del Orgullo Gay, cada uno de los últimos 48 meses de junio, pero no exclusivamente. La ciudad de Nueva York es una fuente de gustos, intereses y actividades eclécticos.

Pero las arenas deportivas - de deportes masculinos, para ser claros - eran indicadores rezagados. Había un bagaje de ambos lados, una división cultural que perduró durante demasiado tiempo y los Yankees no eran ni especialmente culpables ni especialmente únicos. No tenía que ser un insulto gay, o un acto de violencia. A menudo era menos explícito, menos visible - una broma del "Kiss Cam" en un estadio o una indirecta sobre

la debilidad del brazo de un jardinero en otro - pero era suficiente para transmitir una sensación de quién era bienvenido en el estadio y quién tenía que abstenerse de expresar su verdadera personalidad.

Y tal vez porque, en su esencia, las sedes deportivas de todo el país encapsulaban perfectamente la división emocional que se producía en las calles alrededor de Stonewall en esa escena nocturna de pasada la medianoche de 1969. Aunque los jugadores de los Yankees batallaban durante una serie de juegos en Cleveland, eventualmente regresarían a su estadio, con su bien habilitado camerino.

Sin embargo, un grupo de hombres de todas partes de Estados Unidos podía compartir un hogar común en el Bronx, al igual que los miles de fanáticos - que ciertamente abarcaban todas las razas, todas las religiones y todos los círculos socioeconómicos - a quienes el Yankee Stadium proporcionaba un reconfortante sentido de pertenencia comunitaria.

La mayoría de los muchachos fuera de Stonewall, sin embargo, no compartía esos sentimientos de domesticidad en el Yankee Stadium. Martin Boyce, quien participó en los disturbios, recuerda haber admirado a los jugadores de los Yankees cuando niño, encontrando fascinantes sus superpoderes en el terreno de juego.

"Los Yankees son parte de la historia de Nueva York", dice. "Quiero decir, los Yankees ganaban juegos que casi hacían que niños en sillas de ruedas pudieran caminar. En general, mi grupo no era fanático del béisbol. Pero todos conocíamos el juego. Todos sabíamos los nombres. Nuestros padres los veían. Conocíamos a todos los grandes jugadores".

Pero también sabe lo que muchos de sus amigos hicieron, que los viajes al Yankee Stadium eran más que disfrutar de una tarde agradable. "Nuestros padres nos llevarían", dice Boyce, "porque nos estaban entrenando para ser heterosexuales".

Yankee Stadium nunca podría ser realmente un segundo hogar para los muchachos de Christopher Street, muchos de los cuales ni siquiera tenían un primer hogar. Stonewall, y lugares como éste, podrían servir para ese propósito.

A pesar de su falta de agua potable detrás de la barra y de la presencia de la mafia y de su relación de hacerse de la vista